Entre el arco de Séptimo Severo y el ángulo del pórtico erigido en el año 676 de Roma por Cátulo, delante del edificio donde se guardaban las tablas de bronce (archivos de la república), hállanse los restos del celebrado templo de la Concordia, reedificado, segun dicen, por Tiberio. La entrada de este templo, uno de los lugares históricos que más interesa en la antigua Roma, está indicada aún por los agujeros en que giraban los goznes de las puertas: el monumento era grande, casi cuadrado, y de su vasto pórtico se bajaba por unas gradas de mármol, de las cuales se conservan aún numerosos fragmentos. Situado al pié del Capitolio, el pórtico del templo de la Concordia servia de curia; reunióse allí el Senado cuando era preciso hablar al pueblo, siendo indispensable que el sitio del orador estuviera entre las gradas del templo y los comicios populares del Forum. La tribuna de los oradores, que en tiempo de Pirro se colocó hácia las columnas llamadas de Cástor y Pólux, hállase ahora al pié y en el ángulo del arco de Severo, conservándose aún fragmentos de diez metros de longitud. Para justificarlo aquí todo, para prestar vida á los objetos que rodean al observador, para que los grandes espectros de la historia hagan sentir las más profundas emociones, basta sentarse sobre una columna y aunar los recuerdos con la grandiosa decoración que se ofrece á la vista. Aun se creeria ver en las gradas del templo de la Concordia, ante un pueblo que se agita impaciente, á los senadores revestidos de sus largas togas, atentos y graves; y en la tribuna á Ciceron que fulmina su último discurso contra Catilina, interrumpido á veces por prolongados rumores; miéntras que en la prision Mamertina, los cómplices del acusado tiemblan al oir los gritos arrancados por la elocuencia mortal de Marco Tulio. Hábil para impresionar á dos auditorios diferentes, Ciceron electriza tan pronto al Senado como le espanta, desencadenando al pueblo, al que sabrá calmar con una sola palabra; y volviéndose tan pronto á unos como á otros, acabará por hacerlos participar de la misma opinion, la misma voluntad. No se puede ménos de experimentar cierta emocion al tocar esta tribuna, donde el jóven Octavio hizo clavar la cabeza y las manos de Ciceron. En la tribuna que se levantó despues al pié del Quirinal fué donde Antonio habló contra los asesinos de César, descubriendo su cadáver á los ojos del pueblo.

Si el observador se coloca en el sitio donde la Vía Sacra se ensancha, verá el lugar donde al pasar las procesiones triunfantes despues de alguna victoria se desataba del carro á los jefes y reyes prisioneros, que siguiendo por la derecha dirigíanse á una calle que conducia á la prision Mamertina, donde se les encerraba. Aquí se ven igualmente las baldosas de mármol del vasto recinto de la gran basílica Julia, que César mandó construir, para que no se restablecieran comicios más allá del templo de Castro, reedificado por Tiberio.

En el espacio comprendido entre la basílica de Julio César y los tres pilares de los Dioscuros extiéndese la vía Nova, objeto de grandes discusiones, por habérsela confundido con la del Palatino: en dicho espacio terminaba el Foro. Entre su recinto y la cima del Velia hallábanse la casa de las Vestales y el templo de la diosa, avecindadas con las del rey de los sacrificios y del gran Pontífice; miéntras que á lo largo de un cerro escalonábanse algunas mansiones envidiadas, tales como las de Clodio y Ciceron.

Por donde quiera que se ande evócanse recuerdos históricos, y no se puede volver la

cabeza hácia ningun lado sin ver monumentos que excitan el mayor interés. Un poco más acá de la columna llamada de Focas, á la derecha de la Vía Sacra, un espacio de terreno húmedo cubre la fuente Juturna, donde Curcio se inmoló; allí estaba precisamente el milliarium aureum, y en este sitio murió Galba á manos de sus legionarios furiosos, que se llevaron arrastrando la calva cabeza de su emperador.

Si se recorre trasversalmente el Forum, dirigiéndose hácia el arco de Séptimo Severo, vénse acá y allá restos del sólido embaldosado de la antigua Vía Sacra.

El Forum, con su cuadro de edificios, desde las cimas del Capitolio hasta la basilica de Constantino, fué seguramente en un pequeño espacio el lugar más imponente del universo; y hé aquí por qué la restauracion de esta ciudad de monumentos, aglomerados unos sobre otros, bajo las vertientes de tres colinas, es la novela histórica privilegiada de los arquitectos. Esta infinidad de templos, de basílicas, de pórticos agrupados en desórden, que destacan bajo un cielo sereno sus perfiles blancos y sonrosados; estos bosques de columnas de todos los matices, escalonadas desde la basílica Juliana hasta el templo de Júpiter Capitolino, entre cuyas cúspides se deslizan oblicuamente los rayos del sol; estas bóvedas profundas; esta red de callejuelas azuladas, y estos arquitrabes luminosos, realzados por el claro oscuro de las galerías, debieron producir un efecto maravilloso en los bárbaros de la Galia cuando llegaron á este Olimpo de las divinidades victoriosas. En estas obras arquitectónicas sostenidas por árboles de granito ó de alabastro, todo parece perderse en los aires; pero en el suelo sólo se ven oscuros pasadizos, laberintos y misterio....,

Tal como es aún hoy dia esa necrópolis, donde cada desigualdad del terreno encierra el misterio de un sepulcro, se la puede considerar como el sitio más notable del mundo, y nada de extraño tiene que el viajero amante de los recuerdos históricos, olvide, abismado en sus reflexiones, las horas que trascurren.

En este inmenso Forum parece que la ciudad antigua se prolonga indefinidamente: en el fondo de una calle, á la derecha, se ve de pronto perfilarse, como cautivas en un foso, las columnas del templo de Nerva, apoyadas en un muro que cierra la vía, y el cual presenta un arco enorme, por donde se comunicaba con un foro que tiene varios nombres: unos le llaman Transitorium, porque era preciso cruzarle para subir á las tres columnas que le dominan; otros, Forum de Nerva, porque Trajano le habia dedicado á su padre; y no pocos Forum Palladium, porque las columnas, restos, segun dicen, de un templo dedicado á Minerva, y erigido allí por Domiciano, presentan una figura de Palas en un ático; el friso tiene bajos relieves de un trabajo precioso, pero ya están muy deteriorados. Sobre estos mármoles y estos relieves, con sus hojas de acanto y de laurel, un panadero ha establecido su horno.

III

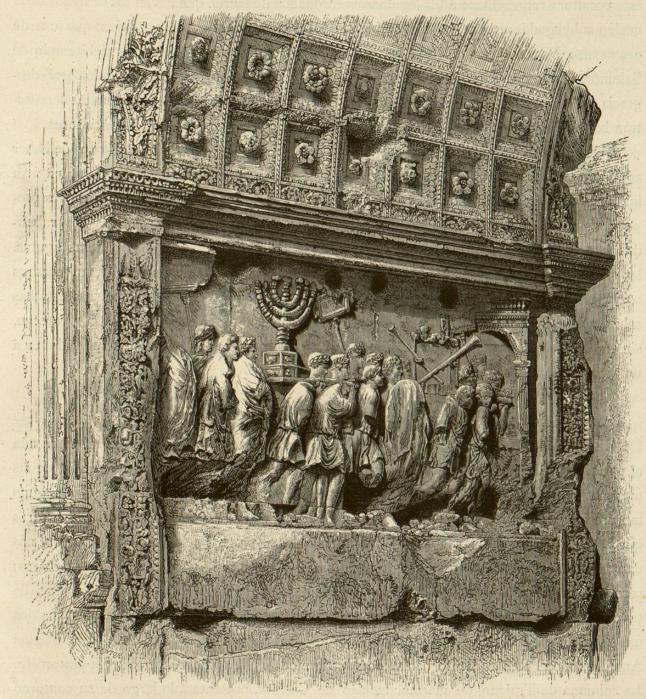
Lo que contribuye sobre todo á embellecer estas ruinas, punto de peregrinacion hace tantos siglos, aunque jamás se encuentra á nadie; lo que presta el mayor encanto á los horizontes de la Vía Sacra, son los arcos de triunfo que han servido de modelo para tantos edificios.

El Foro de Nerva

Los tres tipos más grandiosos de este género de construccion se hallan á poca distancia uno de otro, á lo largo de la vía por donde pasaban los triunfadores. El más pequeño, el de Séptimo Severo, que marca el antiguo nivel del Forum, al pié de las gradas del templo de la Concordia, es una verdadera maravilla: está sobrepuesto de un carro con seis caballos, en el

que se ve al emperador sentado entre sus dos hijos; en el frontis se ve una larga y magnífica inscripcion, que es la dedicatoria, documento doblemente célebre desde que Caracalla, habiendo asesinado á su hermano Geta, hizo rayar su nombre y todo cuanto á él se referia.

El segundo arco que se ve despues ofrece tambien un conjunto admirable, más aún que



Arco de Tito

el primero; es el arco de Tito, de una sola puerta, esbelto, á la vez que sólido en su conjunto, precioso en sus detalles, y que, visto desde léjos, tiene por adorno principal las grandes letras de su inscripcion. Con sus cuatro columnas de órden compuesto, su bonito arquitrabe y su sencillo friso, este arco, tan admirable por los materiales como por el estilo de su juventud eterna, y sólidamente asentado en las antiguas baldosas de la Vía Sacra, es una de las joyas más preciosas del primer siglo. Una de sus notables esculturas representa á los cautivos de

Israel, subyugados por Tito, conducidos al Capitolio; y en otra figúrase el cortejo triunfal tan bien conocido por el curioso relato del historiador Josefo: el vencedor, en medio de sus tropas, está de pié sobre una cuádriga, ostentando la túnica triunfal; en una mano lleva una palma, en la otra el cetro, y por corona una Victoria. En el bajo relieve que se ve frente á esta escultura represéntase á los legionarios coronados de laurel, que llevan los despojos de la nacion subyugada, reconociéndose tambien la Mesa de los panes de Proposicion, que era de oro macizo, las trompetas del Jubileo, y el candelero de oro de siete brazos del templo de Salomon. Como ejecucion, finura y dibujo, estos bajos relieves, harto deteriorados por desgracia, se clasifican entre los más perfectos que los antiguos han dejado en Italia: demuestran la veracidad de Flavio Josefo, y este último atestigua la exactitud de los escultores.

El que quiera hacer comparaciones debe ir á ver el arco de Constantino despues de haber admirado los de Séptimo Severo y de Tito; ya desde léjos, su aspecto solo produce una viva impresion, y al examinarlo de cerca seduce por su grandiosidad, por la armonía de sus proporciones y la belleza del conjunto. Si algun defecto tiene este arco, es sólo una superabundancia de adornos, un exceso de riqueza artística; difícil seria enumerar las preciosas figuras, los grupos encantadores y los bajos relieves del arco de Constantino, que forman cuadros compuestos por una mano maestra. Las ocho columnas que le adornan, con sus estatuas sobrepuestas, los bajos relieves del ático, y los medallones de los arcos más pequeños, parecen, sin embargo, de la primera época, y sin duda han pertenecido á otro monumento, tal vez á un arco que formaba la entrada del Foro de Trajano.

IV

En el Foro llamado de Trajano, donde en medio de un grupo de pilares se reconoce aún el perímetro del templo consagrado por Adriano, elévase un monumento que es una de las más magnificas reliquias de la antigüedad romana. Probablemente no se encontraria ninguno tan precioso ni de tan exquisitas proporciones como la columna de Trajano: serie de cuadros que representan las campañas de aquel emperador contra los Dacios, los bajos relieves nos dan á conocer las armas, las máquinas de guerra, el traje y las viviendas de los bárbaros; reconócense las razas de los guerreros y los caballos, los barcos de la época, las mujeres de todo rango, los sacerdotes de todas las teogonías, los asaltos y los sitios; y tales son los méritos de ese ejército escultural, que Polidoro de Caravagio, Julio Romano, Rafael, Miguel Angel y todo el Renacimiento, han sacado de allí modelos de estilo y de estrategia pintoresca. La columna de Trajano, de mármol macizo de Carrara, presenta á lo largo de su contorno exterior numerosos bajos relieves, separados entre sí por un cordon que, paralelamente á la escalera, compuesta de ciento ochenta y dos peldaños, da veintiseis vueltas para subir hasta la plataforma donde se halla la estatua. El zócalo y el pedestal miden diez y siete piés de altura, y el conjunto de la construccion elévase á ciento treinta y cinco sobre el suelo. Una capa de diminuto musgo y un líquen de esmeralda cubren las baldosas del suelo antiguo alrededor de la columna, formando como una pradera que parece desgarrada en varios sitios. Esta alfombra de verdura, de la que surgen troncos de columna de granito gris, parece ser el

terreno de una plantacion de árboles destrozados por la tempestad. Aquí, por este mismo sitio, ha pasado muchas veces el pueblo de Roma en tiempo de Constantino. En medio de esta espesura de granitos rotos, de fragmentos de mármol y restos de columnas, el monumento de Trajano es el peulven gigante de una encrucijada druídica.

Un escritor de la antigüedad ha dicho que tres cosas revelaban principalmente la magnificencia de Roma, es decir, los acueductos, los caminos y las cloacas que costaron á los romanos inmensas sumas. La obra más notable de este género es la *Cloaca Máxima*: cuando para examinarla se sube hácia el Velabro, hasta un sitio que se halla á trescientos metros del Tíber, se ve á cielo descubierto una parte del canal de esa cloaca, en el lugar mismo donde recibe el cristal tan límpido y abundante de la fuente Juturna, que desde una cuenca seca hoy, vertíase en un acueducto subterráneo; este último existe todavía; áun circula el agua y se oye su rumor; pero la náyade no viene ya al pié de las columnas fraternales de Cástor y Pólux para mirarse al sol. Este barrio desierto está lleno de recuerdos; casi sobre la cloaca máxima elévase el pequeño templo de la Fortuna Viril, que los romanos, engañados por los toscos materiales de que se compone, suponen construido en tiempo de Servio Tulio, pero que apénas es anterior á César; sus columnas acanaladas, con capiteles jónicos, están circuidas todavía en su base por esas baldosas veinte veces seculares de la vía Palatina.

V

En parte enclavado en la ciudad moderna, el monte Palatino, alrededor del cual se agrupan las siete colinas, comprende el espacio donde se elevaba la primitiva Roma: allí es donde los hijos gemelos de Silvia y de Marte fueron amamantados, segun la leyenda, por una loba, y criados por el pastor Faustulus; allí donde, una vez reconocidos por Numitor, fundaron la ciudad nueva, inducidos á ello por favorables augurios: Rómulo habia encontrado en el Palatino doce buitres; miéntras que en el Aventino, Remo no vió más que seis. Las excavaciones practicadas en este sitio hace algunos años permitieron descubrir la primitiva muralla de circunvalacion de Roma, casi en todas partes sepultada debajo de los edificios de los Césares; este muro, que ha dado á conocer el verdadero sitio donde se edificó la ciudad, es una curiosa construccion de enormes moles sobrepuestas segun el sistema etrusco. En este espacio, sembrado de bóvedas, de muros y de acueductos, se han contenido en otro tiempo todas las grandezas de Roma. Una especie de murallon, en cuyo centro se ha construido una puerta moderna, separa el Palatino de la Vía Sacra. Al entrar se ha de franquear desde luégo un declive cubierto de yerba en algunos sitios, y subiendo despues por unas anchas gradas, llégase á una gruta formada con piedras, en la cual se ven varias cascadas. Aquí se tiene un buen punto de vista del centro de la antigua Roma. Los Farnesios son los que trasformaron en jardines históricos la pendiente y la meseta del Palatino desierto, donde la yerba habia cubierto ya el recinto de Rómulo, demasiado grande para las generaciones modernas, las cuales parecen haberse alejado de las terribles sombras que el pensamiento evoca en estas ruinas. A la derecha se ven varios bosquecillos, cuya dimension disminuye por efecto de las exca-